

LA IZQUIERDA CHILENA: LAS FASES DE SU DESARROLLO POLITICO DE LA ADHESION DEMOCRATICA A LA HEGEMONIA MARXISTA

ANDRES BENAVENTE URBINA

Sobre el concepto de izquierda

Desde la década del 30 Chile viene escuchando con marcada insistencia el término "izquierda". Desde el Block de Izquierda hasta el actual Movimiento Democrático Popular han pasado un sinnúmero de coaliciones las más de las veces opositoras, pero otras también de gobierno, por el simple hecho de que en nuestro país la izquierda ha sido gobierno —y no sólo con la Unidad Popular—. El desarrollo descrito será el motivo de este trabajo, tomando en consideración una tipología que nos permita analizar los componentes de la izquierda a partir de las preeminencias que se daban en cada etapa.

Pero lo primero que se debe apuntar en un trabajo de este tipo es la cuestión de los conceptos. ¿Qué es izquierda? ¿Es sólo reducible al marxismo? Lo primero que debemos decir que no hay, en forma científica, un concepto de izquierda, como tampoco lo hay respecto de la derecha. La razón es que izquierda no es un concepto político, sino meramente espacial. La primera idea, dentro de lo universal de la historia, podría entroncarse que, cuando se instala el parlamento inglés, los partidarios absolutos de la monarquía se sentaron a la derecha, como solían ubicarse en los banquetes reales: a la diestra de Su Majestad. Los no favorecidos por los privilegios reales no tuvieron otra opción que ubicarse a la izquierda, lugar por ese entonces despreciativo. Pero lo que era un tanto descalificador en un principio, con el tiempo pasó a ser un lugar poco menos que de honor, desde donde se intentan fijar los parámetros de lo que es "progresismo" dentro de la acción política.

El concepto de izquierda como lugar espacial se ubica entonces en el desarrollo político contemporáneo. Y la izquierda

inicial fue una izquierda parlamentaria. Todo marchó más o menos bien hasta la aparición de Lenin, quien por cierto detestaba el parlamento como institución, al punto que cuando tuvo que aceptar algo que se le semejara optó por denominarlo "soviet". Al decir del español Manuel Caballero, a este personaje marxista "el concepto de izquierda le era insoportable. Así, contra los más aparentemente fanáticos entre sus propios seguidores, que decían serlo tanto que hasta su izquierda se situaban, escribió uno de sus panfletos más famosos y el más abiertamente, desembozadamente maquiavélico: La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo" (sic). (1).

El concepto de izquierda en los años 20, incluso en Chile, no será usado por los seguidores de Marx y menos por los que ya encontraban en Lenin al metodólogo de la acción para la conquista del poder. Las izquierdas correspondían más bien a agrupaciones de partidos liberales de avanzada que estaban contra un orden social conservador. En Chile las izquierdas reposaban en las filas del partido liberal, en los radicales y en los demócratas. El abanderado de las izquierdas en la elección presidencial de 1931 fue Arturo Alessandri Palma, siendo su ideólogo de entonces el liberal doctrinario Ernesto Barros Jarpa. No era un fenómeno local. En Francia, por ejemplo, las izquierdas eran los socialistas reformistas y los radicales. Por ese entonces los comunistas aborrecían el término "izquierda" siguiendo ortodoxamente a Lenin y acusaban a esas agrupaciones de oponer el reformismo a la revolución. En el caso chileno sólo recién en 1935, los comunistas y los marxistas en general, ingresarán al espacio del concepto, para no dejarlo jamás y para hegemonizarlo en términos absolutos (2).

- (1) CABALLERO, Manuel "Reflexiones sobre la Historia de la Izquierda" en Nueva Sociedad, n. 61, julio-agosto de 1982.
- (2) Sobre el particular es recomendable leer a RAVINES, Eudocio "La Gran Estafa", y a CHAMUDES, Marcos, "Chile; Una advertencia Americana", En ambos se encuentra muy bien tratado, por actores de primera fuente, el fenómeno de la creación de los Frentes Populares.

La izquierda en el caso nuestro ha terminado por ser plenamente identificable con el marxismo, pero no sucede así en otras partes, donde o se tiene una izquierda populista; o hay una izquierda militar (Velasco Alvarado en Perú); o se tiene una izquierda democrática (ciertos partidos brasileños). Lo que hay de común a nivel universal es la dificultad de definirla por sus rasgos propios y tenemos así que, posiciones que en un país pueden ser calificadas de izquierda, en otro corresponden a la derecha. Por ejemplo, apoyar en 1948 la creación del Estado de Israel significaba ser de izquierda en Europa y de derecha en los países árabes. El hecho de que existan muchos nacionalismos en la izquierda, como los hay en la derecha, viene a probar también la obsolescencia del término en su función clasificatoria.

Los problemas de los socialismos reales donde se ha estado, para los propios izquierdistas muy lejos de alcanzar las metas utópicas acariciadas en los tiempos románticos, ha terminado por provocar una crisis política e ideológica en la izquierda misma, la que sí ha servido para ir despejando este término de la ambigüedad propia de un concepto espacial, para ir mostrando lo que es el marxismo como tal, sin los adornos con los cuales se disfraza para la conquista de adhesiones.

Pedro Celso Uchoa, sociólogo e intelectual de izquierda brasileño, ha señalado con extraordinaria claridad que "Es tiempo que superemos la visión metafísica del socialismo. Es hora de dejarnos de hacer del socialismo una teología donde las mayores monstruosidades practicadas en su nombre se justifican como simples "desviaciones" que serán corregidas en la marcha demiúrgica de la historia. Es indispensable discutir los hechos de la historia del socialismo, especialmente los que provocan dolor. Esconderlos no modifica la realidad. Esto implica perder el miedo a ser acusado de anticomunista... Ser de izquierda hoy, y esto es lo mínimo que se nos exige, y debemos exigirnos nosotros mismos, es asumir con coraje la crítica de la crítica de regímenes tantas veces monstruosos y esto no nos confiere ninguna originalidad". (3).

(3) UCHOA C, Pedro Celso. "¿Existe una crisis en la izquierda?" en Nueva Sociedad, n. 61, julio-agosto 1982.

Pero no solo los problemas de los socialismos reales ha provocado crisis en lo que conocemos por izquierda tradicional. También ha sido inquietante para la ortodoxia de izquierda, la aparición de nuevos temas en la agenda del debate político. Algo de eso hubo en 1968 con el mayo francés cuando los comunistas quedaron situados en posturas conservadoras. Hoy, por citar un sólo fenómeno, la cuestión de la autonomía de los movimientos sociales está repercutiendo en la izquierda latinoamericana al punto de irse precisando nuevas definiciones. Henry Pease García, un peruano que entró a la izquierda por la vía de la adhesión al gobierno militar de Velasco, dice que "hay fracasos teóricos importantes que pueden evaluarse tras los fracasos políticos dados en la región en diversos intentos de transformar nuestras sociedades. Pero hay también importantes experiencias que desde la base popular nos invitan a replantear la manera de entender la política". (4).

Debemos agregar otro factor a lo señalado anteriormente: la visión de los intelectuales ha ido provocando remezones fuertes dentro de esa izquierda espacialmente al ir evidenciando el desfase entre la "teoría", que muchas veces permanece estática, y la realidad que por esencia es dinámica. No en vano la crítica que los intelectuales de izquierda no comunista hacen al proceso de la Unidad Popular, es haber sido incapaz de manejarse más pragmáticamente y haber privilegiado, en cambio, una copia mecanicista de los esquemas del octubre ruso. Sartre evidenciaba en una obra suya "Les communistes ont peur de la revolution", que la izquierda francesa era incapaz de cambiar por los años 68: "Los candidatos de la izquierda ni siquiera han tenido cuidado de cambiar una palabra a los discursos que hacían desde 10 años atrás... era como si el movimiento de mayo no hubiera existido. En todo caso había que olvidarlo lo más rápidamente posible". (5).

- (4) PEASE GARCIA, Henry "Vanguardia iluminada y organización de masas" en Nueva Sociedad, n. 654, enero-febrero 1983.
- (5) El concepto de Sartre está tomado de POZO, Hernán "E Pur, si Mouve. El Partido Político". Documento de Trabajo, FLACSO, julio 1985.

En definitiva, ser de izquierda en la década del 30 no es lo mismo que serlo ahora, si bien hay una connotación espacial que majaderamente hemos señalado aquí, hay también en forma creciente una ideologización de la izquierda por la vía del predominio de las teorías marxistas sobre ellas. Son pocas las "izquierdas nacionales", aun cuando existan comportamientos de ese tipo en los partidos que podemos situar en el espacio del socialismo democrático. En cambio es cada vez más notoria la identificación que se hace, desde la izquierda misma, de tal denominación con socialismo marxista, en cualquiera de sus variantes. En América Latina ello queda muy en claro en la década del 60 en que el delirio de la ideologización alcanzó prácticamente a todos los niveles de la sociedad.

Varias de esas ideas las desarrollaremos en la presente exposición. Bástenos con indicar aquí que el concepto de izquierda, con ser espacial, ser identificado con posiciones sensibleras de redistribución de lo ya existente en vez de crear nuevas riquezas, es en el Chile de hoy sinónimo de posiciones marxistas. En otras partes procura salir de una posición de crisis asumiendo los perfiles de un proyecto político concreto: es el caso de los partidos socialistas democráticos que en la última década han optado por mostrarse por su perfil, antes que tras una consigna que nada dice en lo profundo y sólo los desdibuja.

Características de la izquierda chilena

Nuestro punto focal es la izquierda chilena, es por tanto una cuestión más bien empírica las que nos ocupa en este trabajo, reconociendo que contraemos una deuda con una reflexión teórica sobre el inagotado tema de las izquierdas como representaciones políticas y configuraciones ideológicas.

En concreto, en esta parte, nos abocaremos a periodificar las diversas etapas de la izquierda chilena, a partir de los años 30 hasta llegar al presente. Así distinguiremos cuatro períodos, anticipando una nueva etapa que tendría que darse en los años

venideros: a) el período de la hegemonía de la izquierda democrática, donde lo central es la política frente populista; b) el período de la preeminencia populista, de los años 50, donde incluso la figura autoritaria del General Carlos Ibáñez logra penetrar a grandes sectores socialistas; c) el período de fuerte ideologización, que coincide con la hegemonía del marxismo-leninismo, de los años 60 e inicios de los 70, y d) el período de la revisión de los planteamientos ortodoxos, de la lectura a nivel nacional de la crisis que atraviesa a la izquierda a nivel universal y que, en nuestro medio, se da caracterizada por un avance de las posiciones gramscianas dentro de varias agrupaciones de izquierda.

En lo global —y desde el punto de vista de los actores— la izquierda chilena ha tenido ejes orgánicos permanentes: los partidos socialistas con las diversas divisiones que muestra en su historia; el partido comunista y el partido radical (con los cambios de posiciones que este último muestra en su trayectoria). A estos ejes se agrega a fines de los 60 las expresiones de los cristianos de izquierda, primero el Mapu y luego la Izquierda Cristiana. Todo otro componente orgánico ha sido circunstancial no sólo en la izquierda misma, sino dentro del esquema político del país, donde se privilegia más bien la estabilidad y durabilidad de los actores que su presencia meramente circunstancial. Así entonces, partidos como el radical-socialista de los años 30, el partido democrático de los 40, las divisiones socialistas, el partido del trabajo en los 50, el partido democrático nacional en los 60 y la acción popular independiente en los 70, por ser típicamente marginales al curso central de la izquierda chilena, simples agregados sin mayor peso ni gravitación, no serán considerados en este análisis. Interesa más ir perfilando las constantes de una evolución, que la descripción pormenorizada de sus componentes.

a) Período de la hegemonía de la izquierda democrática

Cuando en 1931, a la caída de Ibáñez, se configuran los bloques políticos más allá de las posiciones que los partidos tuvieron frente al gobierno que había terminado, aparece por

primera vez, de manera consistente, el término de izquierda. Primero fue la Federación de Izquierda la que, como se ha dicho, levantó la candidatura de Arturo Alessandri Palma para Presidente en ese año, en contra de la del radical Juan Esteban Montero, apoyado, fuera de su partido, por los partidos tradicionales que por ese entonces empezaron a llamarse derecha: conservadores y liberales. Los comunistas que existían desde 1922 con ese nombre, vivían una etapa de aislamiento, de modo que, sin ninguna opción, levantaban en cada elección su propio nombre. Esa vez fue Elías Lafertte.

Se trataba de una izquierda ciertamente populista —tal era la imagen que por lo demás tiene Alessandri en la historia nacional, como la de Vargas en Brasil, de Perón en Argentina, de Batle en Uruguay, por cierto que cada cual con sus propias singularidades—. Era, además, una izquierda libertaria, al estilo liberal-jacobino, lo que se acentuaba por el período concreto en que empezaba a operar y, por último, era una izquierda archipiélagizada, compuesta por fracciones pequeñas y por desprendimientos de los partidos grandes (radical y liberal) que no aceptaban la alianza con los conservadores. Alessandri pierde la elección y la Federación de Izquierda pasa a convertirse en la oposición al gobierno de Montero.

No era una izquierda marxista ciertamente. Sólo habían pequeños grupos socialistas, como Nueva Acción Pública, Orden Socialista, que recién en 1933 conformarían un partido único que reflejara esa tendencia. Por lo tanto podría decirse, a primera vista, que era una izquierda democrática. Pero no lo era tanto. Sólo después de los acontecimientos de 1932, adquiriría un mayor compromiso con el sistema democrático. Es cierto que no era una izquierda con aspiraciones totalitarias, pero sí era una izquierda que mostraba su poco apego a la democracia al hacer de la acción conspirativa su herramienta central de lucha por esos años, al punto de crearle un estado de ingobernabilidad al Presidente Montero —ante lo cual los alessandristas no eran ajenos— que culmina con el derrocamiento del presidente constitucional, hecho derivado de la curiosa alianza entre la Fede-

ración de Izquierda, sectores ibañistas que sólo hacía un año habían sido desplazados del poder y sectores de las Fuerzas Armadas, donde la figura que más destacaba era la del Coronel Marmaduke Grove Vallejos.

Los ejes principales de la izquierda política por ese tiempo eran básicamente dos: el partido radical —a pesar de su alianza transitoria con los conservadores (en un pacto de gobernabilidad se diría en el lenguaje político de hoy)—, y el partido democrático, de sinuosa trayectoria que lo llevaría más adelante a estar prácticamente en todas las coaliciones y en todos los gobiernos. Era pues una izquierda democrática, no apegada a los criterios marxistas de análisis y pronta a lograr determinados consensos con otras fuerzas para dar estabilidad a la institucionalidad. Prueba de ello fue el segundo gobierno de Arturo Alessandri en que se necesitó de una coalición universal, en su primera etapa, para consolidar la recuperación democrática-institucional.

En 1933 va a aparecer en la escena política el partido socialista al fusionarse una serie de grupos pequeños que paradójicamente habían nacido grandes, pues ya tenían la experiencia —aunque efímera— de haber sido gobierno en el período anárquico de junio-octubre de 1932. El socialismo de esa época era más bien de corte social demócrata, diríamos en la terminología de hoy, o más precisamente, parecido en su postura a lo que hoy es el socialismo renovado dentro de la extensa fraccionalidad del P.S. Su líder principal era Eugenio Matte Hurtado, destacado personero de la masonería, de moderadas actuaciones y en caso alguno leninista. A su prematuro fallecimiento, su lugar en el Senado es ocupado por Marmaduke Grove, quien se jactaba de ser socialista sin haber leído jamás a Marx. Con todo, en un primer tiempo, el socialismo chileno fue una fuerza pequeña.

La continuidad de la izquierda democrática, que después de la Federación de Izquierda se agrupará en el Block de Izquierda, se va a ver alterada a partir de 1935. Por esa época el comunismo internacional lanza la consigna de fin al aislacionismo ruptu-

rista para entrar a privilegiar la formación de frentes populares que eran coaliciones entre marxistas y elementos de izquierda democrática y hasta fuerzas del llamado centro político. El objetivo global era oponerse a las fuerzas del nazi-fascismo. En Chile tales fuerzas, como por lo demás han sido siempre las opciones nacionalistas, no eran —ni mucho menos significativas— sino simplemente vocingleras, de modo que nada correspondía al cuadro descrito por los comunistas para la formación de frentes populares. Sin embargo, se decidió por el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista establecer en Chile un Frente Popular tomando como adversario principal a la derecha que tenía un líder perfilado: el Ministro de Hacienda de Alessandri, Gustavo Ross Santa María.

No fue tarea fácil la constitución del Frente Popular. Los más entusiastas con la idea fueron los comunistas (6). Ellos, siendo un partido abiertamente minoritario y marginal a lo que entonces era izquierda, aprovecharon una coyuntura circunstancial —como lo fue los funerales del senador radical Pedro León Ugalde— para lanzar públicamente la consigna de la creación del Frente Popular, señalando además que debería ser encabezado por el partido radical, abiertamente mayoritario por aquella época. Las elecciones complementarias para reemplazar a Ugalde se prestaron para ensayar la tentativa. Esta vez la izquierda fue unida a los comunistas con un candidato de transacción: el radical-socialista Juan Luis Mery, el que fue derrotado, pero permitió abrir paso a la posibilidad de concretar la idea del Frente.

Los radicales no recibieron en principio de buenas ganas la idea. Un sector encabezado por Pedro Aguirre Cerda se opuso a la formación, pero terminó siendo derrotado por el sector

(6) Tanto Ravines, como Chamudez, en las obras indicadas señalan cómo los comunistas intervinieron en cada partido de izquierda para ello. Carlos Contreras Labarca, Secretario General del Partido Comunista por ese entonces redactó el voto político que el radical Justiniano Sotomayor presentó en su partido defendiendo la idea del Frente. Véase BENAVENTE URBINA, Andrés "El Partido Comunista Chileno: sus estrategias políticas 1922-1973" Revista Vigilia, n. 18, septiembre, 1978.

—más opositor a Alessandri— encabezado por el diputado Juan Antonio Ríos. Por esas paradojas de la política, Aguirre Cerda terminaría siendo abanderado del Frente en 1938 y posterior Presidente de la República del período frentista, en tanto que Ríos en la administración Aguirre sería el más fuerte crítico del frentismo al punto que cuando él es Presidente no intenta recomponer esta alianza.

Los socialistas también tuvieron dificultades, pero por una causa distinta. Hubo un sector que se oponía a tener un entendimiento de tipo permanente con los radicales: "sectores de la burguesía" como eran calificados. Lo encabezaba César Godoy Urrutia y la corriente se llamó "inconformismo". Pierde al interior del socialismo y el Frente se constituye, pero a poco andar deciden romper con la coalición y con el partido mismo, formando el Partido Socialista de los Trabajadores, de corta duración (1939-1944) el que termina integrándose al partido comunista.

Creado el Frente Popular se pueden concluir dos cosas: primero, la influencia del partido comunista en la izquierda chilena empezó a ser cada vez más ostensible, a pesar de los períodos de reflujo que ella experimentara en algunas épocas. En principio se evidenció poco, dado que era un partido pequeño, pero a medida que fue creciendo gracias a la coalición misma, ella se fue haciendo más ostensible. En segundo lugar el Frente Popular mantuvo la hegemonía del partido radical, de manera que puede ser considerado como una expresión orgánica de la izquierda democrática, a pesar de la presencia comunista.

Por esa época el interés del partido comunista era ir consolidándose un espacio propio y distinguible dentro de la izquierda y por esa vía dentro de la escena política nacional. Por ello no hicieron mayores cuestiones de candidaturas: así por ejemplo apoyaron con singular entusiasmo al radical de derecha Cristóbal Sáenz —padre de la actual presidenta del partido nacional— en una elección complementaria por Cautín; no hicieron mayores problemas en la convención presidencial del Frente Popular donde terminaron apoyando a Aguirre y no pidieron a éste, una vez elegido, cargo ministerial alguno. No fueron un

partido problema en términos inmediatos, lo cual les valió ser considerados en la izquierda democrática como aliados "dúctiles" y "desinteresados". Sus objetivos de corto plazo eran dos: tener mayor representación parlamentaria y eso ya lo habían conseguido en 1937 y consolidado en las elecciones legislativas de 1941, y avanzar en el control de las centrales sindicales, donde también tuvieron éxito.

Suele suceder que las cosas más de fondo no son vistas, ni menos analizadas, por los políticos que viven siempre en función del corto plazo y de la contingencia inmediata.

La presidencia del Frente Popular fue la del radical Pedro Aguirre Cerda. En términos políticos fue un gobierno donde el predominio visible lo tuvo el partido radical, al punto de tornar por momentos ingobernable la coalición para el propio Presidente, en atención al carácter dócil del Mandatario respecto de los pronunciamientos de los correligionarios reunidos en asamblea (7). En los años 40 va a surgir, empero, la pugna socialista-comunista que prácticamente atravesará toda la década y que en lo inmediato significará poner fin al Frente Popular. La cuestión era la siguiente: estando vigente la Segunda Guerra Mundial, los socialistas eran partidarios de apoyar a los países aliados en contra del eje Berlín-Roma; los comunistas en tanto, fieles al pacto de no agresión suscrito entre Hitler y Stalin, eran partidarios de la neutralidad. Ello lleva a los socialistas a denunciar a los comunistas como aliados funcionales del fascismo y resolvieron poner fin al Frente Popular. Recuperada la libertad de acción por los socialistas, los comunistas se situaron en estrecha alianza con el partido radical.

A la muerte de Aguirre y pasado el momento natural donde lo sensible prevalece, llamó profundamente la atención que los principales candidatos de la izquierda no querían presentarse

(7) Sobre la presidencia de Aguirre, hay abundante literatura donde lo afirmado se puede corroborar. Especialmente recomendados PALMA ZUÑIGA, Luis "El Presidente Pedro Aguirre Cerda", Editorial Andrés Bello, 1962.

como la continuación de la política frentista. Juan Antonio Ríos por los radicales y Oscar Schnake por los socialistas hablaban de una coalición nacional que incluyera a los liberales. En posición solitaria y minoritaria se encontraba Gabriel González Videla, el que era partidario de proyectar al gobierno la alianza radical-comunista bajo la inspiración frentista. No tuvo éxito esa vez.

La presidencia de Ríos se puede calificar, para efecto de nuestro trabajo, una consolidación de la hegemonía del radicalismo en la izquierda democrática. No incluye al partido comunista en ninguna de sus formaciones ministeriales, ni les da mayor cobertura en la toma de decisiones a nivel de gobierno. La izquierda democrática forma por esos días (1942-1945) una coalición política llamada Alianza Democrática compuesta por radicales, demócraticos, socialistas y falangistas nacionales —antecedente de la DC—. Ella fue la base de sustentación del gobierno de Ríos, el que se abrió en dos oportunidades a entendimientos de gobierno con el partido liberal. Advirtamos sí que ya el partido socialista experimenta los primeros síntomas de radicalización, al salirse de la Alianza y ponerse en una situación crítica a Ríos. Lider de ese sector era el entonces poco conocido senador por Valdivia, Salvador Allende Gossens.

Es en 1946 cuando ocurre un intento comunista por radicalizar violentamente la coyuntura política e inclinarse por la vía insurreccional. Acontece dentro del siguiente cuadro: El Presidente Ríos enfermó gravemente y lo reemplazó en el poder como Vicepresidente, el senador radical Alfredo Duhalde, del sector derechista del partido. Los comunistas de inmediato presionaron al partido radical para que abandonase a Duhalde, consiguiéndolo. El radicalismo sufre así una división provocada por el PC —como tantas otras después—, pasándose el grueso de la representación parlamentaria a la oposición. Duhalde quedó con un muy débil respaldo, lo que unido a lo transitorio de su mandato, lo hacía en apariencia ser un gobernante débil. Esa coyuntura la aprovechaban los comunistas para desencadenar un paro nacional que exigía el cambio del gobernante, es decir, un paro rupturista, que era además apoyado por los radicales

y contaba, en términos generales, con la neutralidad de la derecha. Duhalde atendiendo a su obligación primaria de gobernar ordena a la fuerza pública restablecer el orden, produciéndose enfrentamientos con saldo de víctimas fatales, entre ellas la suplementera Ramona Parra, que después los comunistas elevaron a la categoría de "heroína". Después de los sucesos de la Plaza Bulnes —así se llamaron— se produce una crisis de gabinete, dado que el Ministro de Obras Públicas, el falangista Eduardo Frei, no comparte el criterio del Vicepresidente de reprimir a los subversivos siendo partidario en cambio de contemporizar. Sucede entonces un hecho insólito: Duhalde forma un gabinete encabezado por un uniformado, el Almirante Julio Allard, e integrado por otro militar, el General Arnaldo Carrasco, en defensa, más ministros radicales-democráticos (el partido que lo respaldaba) y socialistas. Estos últimos, además, rompen el paro al cual habían convocado los comunistas y la normalidad se restablece. La intentona insurreccional había sido superada y los comunistas retornaban a su discurso democrático.

Podemos decir que, en términos generales, es la última manifestación clara de la hegemonía democrática al interior de la izquierda chilena.

En las elecciones presidenciales de 1946, el partido comunista empieza a tener una gravitación mayor en una izquierda que todavía perfila una hegemonía democrática. Apoya al candidato radical Gabriel González Videla, atrapando al partido socialista —que por esa época también estaba dividido— en dos opciones: o apoyar la candidatura del liberal Fernando Alessandri, como algunos lo hicieron —Grove entre ellos—, o llevar candidato propio como lo hizo una corriente, con Bernardo Ibáñez Aguila, que sacó magros 12.000 votos. Ya en el poder González Videla, los comunistas exigieron tener presencia ministerial, la que les fue dada, y tener injerencia en la toma de decisiones más importantes del gobierno, lo que en un principio también les fue concedido. Los resultados del avance comunista no se hicieron esperar: en las elecciones municipales de abril de 1947, el partido logra una espectacular votación, en franco

desmedro de la obtenida por el partido radical. Era obvio que la hegemonía democrática en la izquierda —que había durado casi dos decenios— había salido seriamente lesionada. Los efectos no se pudieron ver de inmediato porque el Presidente González Videla se deshizo de los comunistas en su gobierno y posteriormente, con el apoyo de su partido —el radical— de los partidos de derecha y de algunos socialistas (Juan Bautista Rossetti, Albino Barra, Carlos Altamirano y otros), proscribió al partido comunista mediante una legislación de excepción.

b) Período de la preeminencia populista

Ilegalizado el partido comunista, los bloques políticos se remodelan en el país. El partido radical, por dos años permanece unido en pacto político y de gobierno con los partidos liberal y conservador, en la coalición llamada de Concentración Nacional, que es la que aplica la ley de defensa de la democracia en los años iniciales. La oposición democrática forma el FRAS, integrado por la Falange Nacional, los conservadores social cristianos, los agrario laboristas y los socialistas populares— liderados por Raúl Añpuero—. Lo que podría ser la continuidad de la izquierda, muy disminuida por la medida de González Videla, estaba expresada en el Frente Democrático Nacional, encabezado por un independiente de izquierda —claramente no marxista, pero que sí les servía de buena cobertura—, Guillermo del Pedregal, (el que años más tarde sería agraciado por el Presidente Allende con la Embajada en Unión Soviética), y compuesto por el partido comunista en la ilegalidad, el partido socialista auténtico, el partido democrático del pueblo y el partido radical doctrinario.

Sin embargo, la izquierda no pudo recomponerse rápidamente en función de criterios ideológicos. La coyuntura del país no le facilitaba esa movilidad. Como fuerte oposición a los tres gobiernos radicales había emergido, otra vez, la figura del ex Presidente Carlos Ibáñez del Campo, a la sazón senador por Santiago, con el apoyo del partido agrario laborista.

Carlos Ibáñez políticamente era una figura contradictoria. Protagonizó un gobierno fuerte, dentro de lo que hoy día podría

ser llamado una forma de autoritarismo. Alejado del poder en 1931, intenta volver en repetidas ocasiones a él, sea por la vía democrática electoral, sea por la vía de la conspiración. En las manifestaciones políticas electorales no siempre tuvo una conducta lineal: fue abanderado de las fuerzas nacionalistas y nacistas en 1938 (candidatura que en definitiva no se concreta por el complot del Seguro Obrero), en 1942 fue abanderado de las fuerzas de derecha y en 1949 había llegado al Senado como abanderado de los agrario laboristas. Para las elecciones de 1952 se formó en torno de él una amplia —a la vez que híbrida— coalición de fuerzas políticas, las más desgajadas de partidos políticos tradicionales: estaban allí, los nacional cristianos de José Musalem, escindidos de los sectores conservadores; los radical-doctrinarios de Arturo Olavarría; los democráticos del pueblo de Humberto Martínez; los socialistas populares de Raúl Ampuero y Clodomiro Almeyda; los agrario laboristas de Rafael Tarud, Julio von Mühlenbrock y Javier Lira Merino; más otras fuerzas ibañistas independientes donde destacaba entre otros María de la Cruz.

Lo que interesa destacar aquí es que la izquierda afronta esta coyuntura singular de nuestro desarrollo político dividida en dos sectores. De un lado, el sector ideológico, encabezado desde la ilegalidad por el partido comunista, que forma el Frente del Pueblo integrado, además, por el llamado partido socialista de Chile, minoritario, que terminan postulando a la Presidencia de la República al senador Salvador Allende, que llega último. De otro, estaba el sector más fuerte formado por los socialistas populares y los democráticos del pueblo, que deciden apoyar a la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez, pasando por alto el que en otras ocasiones lo hubieran calificado de fascista.

Las razones del apoyo socialista a Ibáñez se explican —y por lo demás ellos mismos lo reconocen— porque era un hecho cierto la gran popularidad que gozaba antes de ser Presidente el senador Ibáñez. Articulaba él todas las demandas sociales más sentidas y la rebeldía de la población frente a tres gobiernos radicales que habían mostrado al final una gran discontinui-

dad en sus programas. Como la base política y social de Ibáñez era una masa inorgánica, canalización de una suerte de protesta espontánea frente a los gobiernos radicales y a los partidos tradicionales, los socialistas —que por ese entonces eran ya confesadamente marxistas— pensaban que insertándose en esa masa, primero podrían lograr internalizar algunas de sus premisas, para después desde el gobierno, hegemonizar la coalición triunfante y empujar a éste a una opción populista, a la cual el General Ibáñez era por lo demás proclive, lo que terminaría en un tránsito hacia el socialismo.

En el corto plazo la estrategia de los socialistas de Ampuero dio resultado: Allende estruendosamente derrotado y el partido comunista mantenido en la ilegalidad por Ibáñez. En cambio, ellos con un crecimiento en votación y en representación parlamentaria espectacular, pasando de cinco a veinte diputados. Ampuero mismo había llegado al Senado. Eran los tiempos en que los fervientes ibañistas eran Aniceto Rodríguez, Salomón Corbalán y Mario Palestro. Clodomiro Almeyda pasó a ocupar una cartera Ministerial y el General Ibáñez pronunciaba encendidos discursos contra el radicalismo y la derecha. Las cosas parecían inclinarse por un populismo de izquierda de corte socialista, tanto más si el ibañismo independiente era una montonera incapaz de darse una estructura orgánica unificada, salvo el agrario laborismo que tenía a su turno, fuertes disputas internas.

No contaban, empero, con el carácter versátil del Presidente Ibáñez, el que realizó un gobierno personalista, sin mayor proyección, al punto que su triunfo arrollador se le revertirá rápidamente, siendo incapaz de dejar herederos al término de su período. Fue ese carácter versátil de Ibáñez lo que, en términos positivos, frena los planes socialistas. Prontamente abandonan el gobierno y se pasan a la oposición. La última definición ibañista-populista de los socialistas populares fue la candidatura a diputado por Santiago de Clodomiro Almeyda en febrero de 1955, donde es derrotado por la oposición unida de conservadores a comunistas, la que lleva como postulante a Rafael Agustín Gumucio, quien hoy milita en la Izquierda Cristiana.

Otro intento, más personal y menos significativo de un sector de la izquierda, por canalizar el ibañismo inorgánico en una expresión populista que sirviera los propósitos finales del marxismo, fue la creación del partido del trabajo. Uno de sus creadores, el diputado Baltazar Castro, que había sido expulsado del partido socialista popular, se pasa luego a la oposición, pero procurando atraer allí a los ibañistas descontentos, cosa que logra sólo parcialmente pues la mayoría prefiere volver a las opciones tradicionales. El partido del trabajo pasa a convertirse, en los hechos, en la expresión pública del partido comunista ilegalizado, lo cual ocurre desde el principio —seguramente con el conocimiento del diputado Castro—. No deja de resultar curioso que los cinco diputados que este partido elige en 1957 (no había sido reelegido don Baltazar) se declaren militantes comunistas, en cuanto el PC regresa a la legalidad en 1958 gracias a una movilización parlamentaria antiderechista y gracias a la personal iniciativa del Presidente Ibáñez en las postrimerías de su mandato.

En suma, en la década del 50 se parte con una izquierda, dominada por las fuerzas marxistas, pero dividida en dos frentes y, por ello, sin mayor gravitación en la escena nacional: el sector ideológico del Frente del Pueblo y los socialistas populares por otro lado. En la medida en que estos últimos se hacen opositores a Ibáñez, en lo cual son acompañados por los democráticos del pueblo y por el partido del trabajo, se producen los naturales acercamientos. Estos se traducen en tres hechos: a) la formación de un frente único de izquierda en 1956: el FRAP (Frente de Acción Popular) formado por socialistas de Chile, socialistas populares, democráticos del pueblo, radicales doctrinarios, partido del trabajo y comunistas en la ilegalidad; b) la reunificación de los grupos socialistas en un solo partido en julio de 1957, y c) la presentación de un candidato presidencial de izquierda, en las elecciones presidenciales de 1958. Una vez más fue el senador Salvador Allende, quien resulta derrotado.

El cierre del período populista termina con las alianzas de la izquierda con el centro político y pone fin a la hegemonía de-

mocrática dentro de ella. De ahí para adelante el marxismo ejercerá un dominio irreversible.

De algún modo la realización de la campaña presidencial de 1958 por parte de la izquierda estuvo presidida por el sello populista, sin dejar de estar presente como factor gravitante el marxismo. Es ya posible hablar de "allendismo" más que de FRAP, lo cual se ve realzado con la alta votación de Allende, que llega segundo, lo cual se proyectará para las elecciones de 1964, donde la candidatura de izquierda, siempre bajo la hegemonía de los partidos marxistas (del eje socialista-comunista se decía al interior de la izquierda) fue el núcleo central de un movimiento de apoyo más grande que llegó incluso a comprometer a figuras de derecha que no aceptaban por motivo alguno, como es el caso de los ex senador Eduardo Cruz-Coke y Gregorio Amunátegui (8).

c) Período de la hegemonía del marxismo-leninismo.

Se da en la década del 60 y en el primer trienio de los años 70.

Digamos que al inicio de los años 60, estando el derechista Jorge Alessandri en la presidencia, los partidos de izquierda eran los siguientes: partido comunista, partido socialista, partido democrático nacional (Padena) y vanguardia nacional del pueblo, que luego desaparece. De ellos sólo comunistas y socialistas eran importantes tanto en términos de representación parlamentaria como en votación popular. El partido radical en ese tiempo se situaba como colaborador del gobierno de Alessandri, donde llega a tener ministerios, y forma junto a los partidos de derecha el Frente Democrático, donde además de Julio Durán, eran líderes destacados de esa línea Raúl Rettig —presidente del partido en la época— Hugo Miranda y Joaquín Morales Abarzúa, por citar algunos que hoy están en posiciones diametralmente opuestas.

(8) Sobre este punto y en general sobre el período político comprendido entre 1938-1964, es recomendable la lectura de las memorias de Arturo OLAVARRIA BRAVO "**Chile entre dos Alessandri**", cuatro tomos, 1966.

El predominio sin contrapeso de los partidos socialista y comunista en la izquierda chilena se consolida aún más cuando en 1964, con ocasión de las elecciones presidenciales, el Padena se divide y un grupo de parlamentarios y dirigentes se marginan para apoyar la candidatura de Frei, entre los cuales estaban los diputados Jorge Lavandero y Luis Pareto. Es más, después del triunfo del candidato demócrata cristiano, el Padena decide revisar su posición y acuerda retirarse del FRAP para brindar apoyo al nuevo gobierno, lo cual le valió algunas Embajadas, una cuantas gobernaciones y un Ministerio. Sólo un grupo discrepante, encabezado por el senador Luis Fernando Luengo —hoy vicepresidente del partido radical— decide mantenerse en el FRAP, como partido social demócrata (que dura hasta 1972 en que se integran al radicalismo) pero sin peso alguno, ya que en las elecciones de 1969 no logran elegir parlamentarios.

En buenas cuentas al promediar la década del 60 la izquierda chilena estaba compuesta en lo fundamental por dos partidos solamente: el comunista y el socialista. Es aquí donde se empieza a dar un proceso múltiple: de un lado la ampliación de la izquierda y la leninización de ella por el otro.

La ampliación tiene como puntos de partidas dos grupos: el partido radical y el partido demócrata cristiano. Los radicales, derrotados en las presidenciales de 1964, revisan su postura política y abominan del Frente Democrático y de la colaboración con Alessandri. Luego de un corto período en que intentan recuperar un perfil propio, bajo la presidencia del senador Humberto Enríquez, viene un proceso de progresivo acercamiento hacia la izquierda en términos de que sea aceptado por quienes detentan la hegemonía, su reingreso —cosa que no había podido ocurrir en 1958—. Dos directivas en concreto se dieron a esa tarea, la encabezada por Hugo Miranda y la de Carlos Morales Abarzúa. El radicalismo hubo de pasar por varias dificultades en este recorrido hacia una izquierda liderada por los marxistas: primero aceptar las humillaciones constantes que les hizo el partido socialista (por ejemplo en la elección complementaria en que gana María Elena Carrera en julio de 1967, el partido socialista rechazó el apoyo ofrecido por el partido radical y ante

la candidatura senatorial de Alberto Baltra en diciembre del mismo año, el partido socialista llamó a la abstención), además de sufrir dos divisiones: una en 1969 cuando para ser admitidos en definitiva en la naciente Unidad Popular debió marginar a la corriente antimarxista, de donde nace la democracia radical; la otra en 1971, cuando un grupo radical, encabezado por Baltra y Luis Bossay se opone a la nueva declaración de principios que la Convención que elige a Anselmo Sule como Presidente adopta, por ser en buenas cuentas una adhesión al marxismo. De aquí nacerá el partido de Izquierda Radical, más tarde social democracia chilena.

En la democracia cristiana la cuestión surge por la radicalización de algunos sectores internos para quienes la acción del gobierno de Frei resultaba insuficiente en términos de lograr mayores transformaciones estructurales. Se dieron dos corrientes disidentes en el seno de la DC.: los rebeldes, encabezados por Rafael A. Gumucio, Julio Silva Solar y Vicente Sota y los terceristas de Bosco Parra, Luis Maira y Pedro Felipe Ramírez. En 1969 ante la cuestión presidencial del año siguiente, los rebeldes propician un entendimiento de la DC con el Frap, y ante la ninguna proyección de esa iniciativa deciden marginarse para formar el Mapu, partido que de inmediato se domicilia en la izquierda. En 1971 viene la segunda división, cuando los terceristas, que se habían identificado con la candidatura presidencial de Tomic en 1970, deciden irse de la colectividad por asumir ésta una actitud muy opositora al gobierno de Allende y tener, en ese sentido, entendimientos políticos con la derecha. Forman el partido de Izquierda Cristiana.

Recapitulando, digamos que en la década del 70 la izquierda se había ampliado a los siguientes partidos: radical que venía en franco y progresivo retroceso electoral; partido social demócrata y Mapu. A ella debe sumarse en 1971 la izquierda cristiana y por cierto, desde fuera de la U.P., el MIR.

La segunda cuestión es el proceso de leninización. En 1960 en el eje comunista-socialista, sólo el partido comunista se declaraba marxista-leninista. El socialismo era marxista, pe-

ro abierto a una permanente crítica y revisión dentro del pensamiento de izquierda. Sin embargo, el impacto de la revolución cubana produce una radicalización en este partido, en la misma medida en que los comunistas observan posturas más conservadora dentro de sus límites. La clave para entender este proceso socialista, es el Congreso de Chillán de 1967, donde se acuerda descartar programáticamente la vía electoral, sin perjuicio de usarla instrumentalmente como medio de hacer un proselitismo rupturista, y de otro aceptar la violencia —y la vía armada para llegar al poder—, como metodología política (9).

Con ello el leninismo pasa a ser el basamento doctrinal de la izquierda chilena en su núcleo más determinante. Pero la cuestión no se quedará allí. En efecto, el Mapu, aquella fracción salida de la DC en 1969 para incorporarse a la izquierda, empieza a vivir un vertiginoso proceso de radicalización. Emerge con la voluntad de ser la expresión política de los cristianos de izquierda y como un puente con la izquierda tradicional. Ello dura poco. Ya en el Congreso partidario de noviembre de 1970, se impone sin contrapeso la tesis de su líder Rodrigo Ambrosio (hasta entonces predominaba el pensamiento de Jacques Chonchol) de convertir al Mapu en un partido marxista, capaz de hacer una síntesis entre cristianismo de "avanzada" y marxismo no otodoxo. En sentido estricto su mentor doctrinal debió ser Roger Garaudy (10). No se detuvo el asunto en esto. Muerto Ambrosio, en la disputa por el poder sucesorio, se impuso la tendencia de Oscar Guillermo Garretón, que en lo

(9) Sobre el particular véase JOBET, Julio César "El Partido Socialista de Chile", Tomo II, PLA Ediciones 1971.

(10) GARAUDY, Roger, fue un dirigente comunista francés que en los años 60 empezó a propiciar activamente un diálogo con los cristianos. Expulsado después del partido comunista, su tema fue tomado por sus ex camaradas tiempo después. Autor de numerosas obras entre las cuales están "Del Anatema al Diálogo", "El Gran Viraje del Socialismo" y "Se puede ser comunista hoy?". Garaudy, ha terminado convirtiéndose al Islam.

doctrinal adscribió al partido a las tesis de Lenin y en lo metodológico optó por la vía armada, a través de la estrategia — de la consigna— del poder dual-poder popular.

La Izquierda Cristiana, nacida en julio de 1971, para ocupar ese lugar que el Mapu dejó vacante para los cristianos socialistas no marxistas, recluta originalmente a elementos del Mapu, desencantados con el nuevo giro del movimiento (Rafael Agustín Gumucio, Alberto Jerez, Julio Silva Solar). Por un tiempo llena la aspiración fundacional, pero ya al año siguiente, partiendo por la praxis, tiene alianzas electorales en el plano sindical y universitario con el MIR y en 1973 sus principales dirigentes, Bosco Parra —Secretario General— y Juan Enrique Miquel, Subsecretario, se pronunciaban abiertamente por la opción violenta de levantar el poder popular en contra del poder institucional. La tesis de Lenin habían penetrado también en esta novel expresión de izquierda.

No deja de resultar curioso el hecho de que hasta el partido radical, quien otrora fuera el seguro más firme de que en la izquierda chilena había una hegemonía democrática, terminase influenciado por el leninismo. Ya en la Convención de 1971, que cuesta al partido una división —con la aparición del PIR— los radicales se definen como un partido de clase y en una terminología marxista que rompe con una tradición centenaria. En marzo de 1973, el vicepresidente del PR Benjamín Teplinsky, interpretando al Presidente, senador Anselmo Sule, coloca al partido en una posición favorable a la estrategia del poder popular, lo cual significa también una variación dentro de la posición que el propio radicalismo había mantenido en los años de Allende, en que se había jugado por la opción más moderada dentro de la Unidad Popular.

El leninismo fue así una experiencia que cruza a todos los partidos de la izquierda chilena, en medio de la euforia con que pretendían construir un socialismo irreversible para lo cual la estructura institucional era lisa y llanamente un estorbo. El voluntarismo antidemocrático que demostró fehacientemente el gobierno de la Unidad Popular terminó por encontrar

en las premisas de Lenin el mejor soporte doctrinal para acometer una tarea que necesariamente iba a implicar el uso de la fuerza, el atropello a la legalidad, la supresión del pluralismo y, en definitiva, la clausura de la democracia.

En la leninización de la izquierda la figura del Presidente Allende no fue un peréntesis. Si bien él fue un político parlamentario durante gran parte de su vida, a la hora de las definiciones se confesaba como un cierto seguidor de Lenin: "Marx, Engels y Lenin —decía en 1964— estudiaron el carácter del Estado como vehículo de opresión de una clase social dominante y plantearon a la revolución socialista la tarea de dar el primer paso hacia el socialismo, con la instauración de la dictadura del proletariado. Determinaron el carácter y el significado de una sociedad sin clases, en que el Estado desaparecería por carecer de objetivo su función opresora". (11) Cuestión que ratificara años más tarde en su primer Mensaje como Presidente al Congreso Nacional "Como Rusia entonces (la de 1917) Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista". (12)

En relación a lo planteado en los primeros párrafos de este trabajo, la deliberada adhesión que la izquierda chilena hace, primero por el marxismo y después por el marxismo-leninismo, posibilita que en nuestra experiencia dicho término no tenga un contenido meramente espacial, sino que signifique cosas muy precisas, a partir del dato de la identificación señalada y de la circunstancia de que se impidió la creación de alternativas opuestas a esa caracterización dentro de la izquierda por esos años. Cualquier desviación de la "línea oficial" era denunciada de inmediato con el adjetivo de "reformista" usado en un sentido peyorativo y excluyente de la izquierda de los "escogidos".

(11) Véase GUILLISASTI, Sergio, "Los Partidos Políticos Chilenos", Editorial Nascimento, 1964.

(12) ALLENDE GOSSENS, Salvador "Mensaje al Congreso Nacional", 21 de mayo de 1971. Reproducido in extenso en la prensa el día 22.

Izquierda en Chile, en tiempos de Allende importaba, como bien lo señala recientemente Clodomiro Almeyda entender la "imposibilidad de arrebatar el poder a la burguesía si no se logra construir una amplia y poderosa fuerza que incluya efectivamente a todas las capas sociales explotadas directa o indirectamente por el sistema, y cuyos intereses podrían ser mucho mejor representadas por un gobierno nacional, popular y revolucionario". (13) Conquista del poder en forma irreversible, negación, en consecuencia de la alternancia en el poder, cambio estructural del sistema, son los significados que alcanzó el ser de izquierda en Chile en la etapa analizada, y la implicancia que aun tiene si se parte de la premisa de que los grupos de izquierda pretenden, de distintas maneras, recoger el legado de Allende y recomponer aquella alianza que le llevó al poder político —desde donde se trabajó incansablemente por romper la estabilidad institucional—. El Pronunciamiento Militar del 11 de septiembre de 1973 no fue, entonces sino un acto por el cual se evita que el marxismo-leninismo que había terminado por hegemonizar a la izquierda, acabe también por establecerse impositivamente en el país.

Con profunda razón, el ex Presidente Eduardo Frei al responderse en la carta que dirigiera en noviembre de 1973 a Mariano Rumor, sobre quiénes eran los responsables del quiebre institucional chileno, decía: "la responsabilidad íntegra de esta situación —y no lo decimos sin eufemismos— corresponde al régimen de la Unidad Popular instaurado en el país"... "Este régimen fue siempre minoría y nunca quiso reconocerlo... En vez de reconocer este hecho y buscar el consenso, trataron de manera implacable de imponer un modelo de sociedad inspirado latamente en el marxismo-leninismo. Para lograrlo aplicaron torcidamente las leyes o las atropellaron abiertamente". (14)

(13) ALMEYDA, Clodomiro, prólogo al libro de Juan Ligeró y Juvenio Negrete "Allende, la consecuencia de un líder", Terranova Editores, 1986.

(14) Carta de Eduardo Frei a Mariano Rumor, mimeo, noviembre 1973.

d) Etapa de los replanteamientos ideológicos

La caída del gobierno de Allende no sólo importó para la izquierda una derrota militar, sino también una derrota política. Desde estas dos premisas es que se puede entender lo que ha sido su acción desde 1973 hasta hoy.

En un primer momento vino una etapa de repliegue para luego pasar a la tarea de recomposición de las estructuras partidarias, cosa que llevará más o menos dos años. Más tarde vino un debate —que cruzó a toda la izquierda— sobre las causas de la derrota de la Unidad Popular, sobre lo que fue su discurso político y sobre sus estrategias. Esto fue provocando varias divisiones en los partidos de izquierda, así como algunos sectores fueron asumiendo las variantes europeas del pensamiento socialista. Ello permitió que se arribase a una tercera fase en que en el tapete de la discusión interna estuvo el tema de la renovación de la izquierda, renovación entendida como procesos ideológico, político y orgánico.

Queremos detenernos un instante en la valoración crítica del período de la Unidad Popular después de su derrota. Ella va a dividir a la izquierda en tres grupos bien definidos: de un lado el partido comunista que cree que hizo lo correcto, en lo sustantivo, y que fueron fuerzas exógenas a la UP las que provocaron su caída; en segundo lugar, viene la crítica de la izquierda más ultrista que señala que faltó aplicar correctamente el recetario de Lenin, y en tercer lugar, los que a partir de una autocrítica, estiman que el proceso se malentendió y que se aplicaron criterios mecanicistas con exceso de voluntarismo. A partir de la última interpretación se va a ir desarrollando un polo dentro de la izquierda de replanteamiento de posiciones que con el andar del tiempo se va a expresar en el efímero proceso de la Convergencia socialista, la que a su turno se diluirá en el Bloque Socialista, para terminar estando expresada hoy sólo en el Partido Socialista que forma parte de la Alianza Democrática.

Veamos algún detalle de las tres tendencias. El partido comunista sostiene en el Pleno de 1977 que su único error fue el

haber sido poco persistente en aplicar y extender su propia línea política: "Si nuestro partido hubiese sido mucho más fuerte, mucho más capaz teórica, ideológica y políticamente hablando, la situación habría sido seguramente diferente porque en tales condiciones habríamos podido convertirnos en esos días en la vanguardia reconocida de la clase obrera y del pueblo. Dicho sea de paso, esa es una de las grandes lecciones que debemos extraer con vista a construir un partido todavía más grande y cualitativamente mejor". (15)

La crítica leninista, en cambio sostiene, al decir de Gabriel Smirnov que "El poder popular tuvo en Chile una existencia real y se expresó claramente como la capacidad de accionar sobre la marcha de la sociedad al margen de los mecanismos estatales consagrados por la Constitución. Sin embargo, este poder popular fue insuficiente como para convertirse en un poder global alternativo a la institucionalidad burguesa, lo cual se debió principalmente a la resistencia que le opuso un sector de la UP y el gobierno, que temían ver sobrepasado su esquema táctico en una dinámica incontrolada por ellos". (16)

Del sector de la crítica mecanicista podemos citar a Manuel Antonio Garretón, quien en un artículo de 1978 sostenía que el proceso de la Unidad Popular tuvo tres fallas centrales: el traslado mecanicista de categorías económicas al plano político sin las mediaciones ideológicas, culturales y propiamente políticas; la preeminencia de una teoría política que tendía a privilegiar una concepción de la política casi exclusivamente como fuerza donde el poder es visto como objeto de posesión y, en tercer lugar "la permanente recurrencia al patrimonio doctrinal del campo teórico ideológico socialista, en una suerte de fetichización de la teoría o concepción que ve la teoría social como algo fijo y elaborado, como un

(15) Véase Partido Comunista de Chile, Pleno de 1977, mimeo.

(16) SMIRNOV, Gabriel "La revolución desarmada, Chile 1970-1973", Ediciones ERA, México, 1977.

conjunto de leyes universales de los que las situaciones particulares son sólo ilustraciones". (17)

Pero hubo otro factor que contribuye poderosamente en esta etapa a los replanteamientos de la izquierda: era la nueva realidad que iba emergiendo en la sociedad chilena. La Unidad Popular —más allá de las críticas— fue cada vez más un referente unitario externo que una alianza dinámica. En los hechos cada partido fue recuperando su libertad de acción. Sólo los comunistas y las tendencias más cercanas a ese polo insistieron hasta donde les fue posible en la pervivencia de aquel conglomerado, en cuanto ello significaba, aunque sólo formalmente la unidad de la izquierda donde el PC podía ejercer su hegemonía.

En cambio lo que se empieza a enfatizar es una reformulación estratégica por algunos sectores, lo que necesariamente importa dejar de lado las categorías leninistas para usar las gramscianas. También hay aquí una crítica a los socialismos reales y con ello también una revisión de los clásicos del pensamiento marxista. Así Eugenio Tironi dirá "los recursos a los clásicos resultan por lo menos sospechosos; en su nombre se han cometido demasiados desmanes; las interpretaciones y lecturas son tan diversas que ya no son factores de unidad y como se ha comprobado no dan luces para el diseño de opciones históricas concretas. El resultado no es mejor si recurrimos como punto de partida a nuestra propia historia, la que desembocó en un fracaso gigantesco". (18)

Esta etapa del replanteo ideológico significa en breves líneas lo siguiente:

a) Por primera vez en largas décadas surge dentro de las posiciones marxistas chilenas una inclinación que rechaza el

(17) GARRETON, Manuel Antonio "Sentido y Derrota de un proyecto popular" en revista "Mensaje" 26 enero-febrero 1978.

(18) TIRONI, Eugenio "Inventario sobre la crisis de la izquierda", en Revista "Análisis", 31 de febrero de 1981.

dogma de los modelos preestablecidos. En lo concreto es una reversión, salvo en el caso de los comunistas y del sector socialista de Almeyda, de las posturas leninistas.

b) Se entra a privilegiar por parte de la izquierda la estrategia gramsciana de la conquista de la hegemonía cultural en vez del enfrentamiento directo que importa la agudización de la lucha de clases. Es una especie de toma de conciencia, después del fracaso, de que no basta con lograr el poder político, ni tampoco se logra el fin empleando la violencia sin antes no hacer un trabajo de tipo cultural, donde lo que se ataque primariamente sean los valores en que se sustenta el sistema, siendo el poder político una trinchera final y no inicial en el sendero a recorrer.

c) En la izquierda chilena se configuran dos polos: uno dirigido por el partido comunista, de tipo marxista-leninista, que desde 1980 optará por la vía insurreccional, al que se unirá la posición ultrista de los años 73 del MIR y a la que se agregará un sector del tronco socialista: los seguidores de Clodomiro Almeyda, después de la división socialista de 1979. Otro encabezado en lo teórico por intelectuales independientes de izquierda, a los que se sumarán la fracción socialista, que después formara parte en la Alianza Democrática, pero que inicialmente dirige Carlos Altamirano; más el Mapu, el Mapu obrero y campesino y la izquierda cristiana. Estos tres últimos también habían regresado de las posturas ultristas de 1973 y propiciaban una renovación socialista. Ella pudo concretarse parcialmente en el llamado proceso de Convergencia Socialista.

d) Lo que sí debe quedar en claro es que pese a esta pugna de estrategias, la izquierda chilena sigue siendo prácticamente expresión marxista en su totalidad. El partido radical —también de regreso de la posición ultrista—, es minoritario y la I. cristiana no es muy definida en su separación del marxismo cuando asume como pilar central la teología de la liberación.

Estos replanteamientos que tuvieron su auge en los inicios de la década del 60 trasuntaron una pérdida de credibilidad de las teorías dogmáticas a las cuales la izquierda venía adhiriendo, con la aspiración de que ello se reflejara en las configuraciones orgánicas. Eugenio Tironi plantea bien la situación cuando dice que la meta de la renovación socialista es "idear colectivamente un nuevo destino para Chile, más que evocar modelos establecidos. Apuntar a trascender el cuadro partidario heredado del escenario político anterior, más que a preservarlo con obstinación. Los cambios ocurridos en el país obligan a revisar las estructuras partidarias existentes" (19).

Esta fase, empero sólo reviste un interés en cuanto se diagnostica una crisis ideológica en la izquierda, propia de un fracaso, pero no apunta a lo que pretendían los sectores renovadores: un realineamiento al interior de la izquierda. El aislamiento de los comunistas, dada su opción por la insurrección manifestada desde 1980, sólo fue temporal. En la medida en que el país empieza a vivir los síntomas de una crisis política en 1983, en términos que la política partidista irrumpe en el período de apertura, de manera incontrolada, reaparecen los viejos simbolismos de la izquierda, se regresa al discurso tradicional, y los comunistas expresan su presencia en manifestaciones de protesta popular. Lo que ocurre es que los replanteamientos de la izquierda acontecen en el nivel más intelectual que político, con poca permeabilidad en las cúpulas partidarias, salvo en un instante por instrumentalizar esa renovación, y sin ninguna capacidad —por lo nuevo del fenómeno— de reproducirse a nivel de la masa de adherentes.

La lección que para la izquierda —y para la estabilidad del sistema democrático mismo— es que se hace necesario la presencia de un socialismo democrático que rechace la hegemonía.

(19) *Ibidem*.

e) Etapa de radicalización rupturista

Por último, en este recuento de lo que ha sido el desarrollo de la izquierda chilena debemos señalar que a partir de 1983 se empieza a dar un fenómeno de recomposición interna, poniéndose fin a la cuestión del replanteamiento doctrinal, el que quedó relegado al ámbito intelectual.

Cuando se produce la apertura política, la izquierda renovada se agrupa en el Bloque Socialista, formado inicialmente por el partido socialista fracción Briones (hoy Núñez), por el Mapu, por el Mapu obrero y campesino, por la Izquierda cristiana y por el Grupo por la Convergencia Socialista. Al final dos de los integrantes desaparecerán, dado que el Mapu obrero y campesino decide disolverse, yendo sus miembros en tres direcciones: unos retornan al Mapu, su partido de origen, otros ingresan al P.S. Briones y un tercer grupo se va al MDP formando el Mapu Unidad Proletaria, que a veces sigue usando el nombre primario. El otro grupo que desaparece es la Convergencia Socialista, que termina incorporándose en 1985 al PS Briones. Por su parte la Izquierda cristiana se margina del bloque en noviembre de 1984.

El Bloque Socialista lejos de ser la expresión positiva del fenómeno renovador, de ir configurando un polo decisivo en contra de la hegemonía comunista al interior de la izquierda, la diluyó al punto de revertirla a una postura meramente discur-siva. Lo que ocurre es que confluyen dos hechos que se preveían: uno el predominio de la contingencia inmediata por sobre las reflexiones teóricas y lo otro es que aquellos políticos que se habían allegado a las posturas renovadoras en forma instrumental, en la medida en que perciben que ya no es una posición funcional para sus intereses inmediatos, la abandonan para regresar al tradicionalismo de izquierda, asumiendo posiciones radicalizadas.

No deja de resultar lamentable para quienes dentro de la izquierda llegaron a concebir un proyecto renovado, que el Bloque Socialista haya resultado completamente ineficaz. Fal-tó paciencia política. Se impactaron por los primeros resulta-

dos electorales adversos (en las Universidades por ejemplo) y viendo que la izquierda tradicional obtenía mejores votaciones, fueron renunciando a seguir un camino que habían delineado bien en el plano intelectual. No supieron entender que en lo político no todo es cuestión de voluntad, sino que muchas veces los resultados son obra de la perseverancia.

Debilita la postura renovada y a lo que pretendió ser su expresión orgánica —el Bloque Socialista—, la aparición del “allendismo” como expresión ideológica capaz de convocar a la izquierda tras banderas unitarias. En verdad el allendismo no es una ideología, dada en primer lugar la adhesión muy clara de Salvador Allende al marxismo leninismo, y en seguida porque Allende fue un político de acción y nunca elaboró un pensamiento propio en forma coherente y sistemático, al punto que no puede citarse ni una sola obra suya escrita con el fin de exponer un proyecto histórico (los libros que hay sobre su pensamiento no son sino fragmentos de discursos). Allende fue incapaz de imponer incluso sus criterios a la propia Unidad Popular, de modo que no podría fundarse en él —salvo en su leyenda mítica— ningún movimiento político que reclame, a la vez, para sí el adjetivo de renovado. La invocación al allendismo significa de otro lado una recurrencia al populismo que es ajeno a las prácticas políticas chilenas, con muy escasas y efímeras excepciones. Por lo demás una destacada socióloga de izquierda, Liliana de Riz, señala que la acción que ella califica de populista de Allende, es un punto terminal para la izquierda chilena y latinoamericana.

Al lado de las debilidades de los renovadores, se va fortaleciendo la opción de la izquierda marxista-leninista, la misma que estuvo muy lesionada en la década del 70 con posterioridad a 1973. Estos grupos: comunistas, miristas y socialistas de Almeyda, forman en septiembre de 1983 el Movimiento Democrático Popular. Ellos se caracterizaban y se caracterizan por los siguientes hechos: a) es una alianza estratégica donde la vinculación central es el marxismo-leninismo; b) es una alianza que privilegia como metodología política el uso de la violencia, optando claramente por la vía insurreccional; c) es una

alianza que estimula la formación y posterior desarrollo de grupos violentistas que ejecutan labores terroristas; d) mantienen una posición de ruptura y enfrentamiento no sólo respecto del régimen actual sino contra el sistema democrático en general, ya que ellos pretenden construir una "democracia popular" y mientras eso no se logre, persistirán, al decir de Andrés Pascal, en el uso de las formas violentas de lucha (20).

En la medida en que se privilegia en la acción política de la oposición de izquierda, así como en todos los actores políticos, la contingencia, esta postura radicalizada cobra más presencia que la opción renovada. Es el MDP el que se hace presente en las movilizaciones sociales, en las jornadas de protestas, en los enfrentamientos. Ocupa luego un polo definido frente al sistema lo que le permite internalizar mejor sus concepciones, las que por lo demás son básicas, en sectores proclives a la izquierda.

Pero sin duda no basta con tener esa presencia en las movilizaciones rupturistas, sino que además se requiere, como se ha hecho, una labor de hostigamiento a las posiciones renovadoras dentro de la izquierda. Primero vino la discusión intelectual donde el MDP y el partido comunista en particular hicieron una defensa de la vigencia del leninismo. Después llegó una etapa de ir ganando sectores disidentes al interior de los propios partidos renovados de izquierda, de manera de ir creando problemas a las cúpulas de esas fuerzas. Así en la izquierda cristiana emergió una tendencia hacia la izquierda cristiana revolucionaria que terminaran por empujar a su partido a salirse del bloque socialista.

Hacia septiembre de 1986, después de quedar al descubierto la forma cómo la izquierda insurreccional pensaba implementar su opción insurreccional (descubrimiento de arsenales y atentado contra el Presidente), cuando sectores de la oposición democrática, luego de una seria reflexión, eviden-

(20) URBINA, Benavente, Andrés "El Violentismo en Chile", en Revista "Economía y Sociedad", septiembre 1986.

cian signos de acercamientos a la institucionalidad —sin por ello renunciar a su calidad de oposición—, el MDP ha ido tejiendo un movimiento de izquierda más amplio que el suyo, en términos de recomponer a la fenecida Unidad Popular. La Izquierda cristiana y el Mapu han entrado en entendimientos electorales en el plano universitario con los partidos del MDP. La I.c. incluso ha emitido comunicados conjuntos. En el radicalismo también se ha expresado una corriente que apunta hacia ese sentido. Todo pareciera indicar una remodelación orgánica regresiva.

Conclusión

La izquierda se insertará en la institucionalidad. La izquierda chilena, hegemonizada por el marxismo, es más bien un factor de enfrentamiento con el sistema, que una contribución a su perfeccionamiento. Partidos menores, sin significación alguna en el quehacer nacional, como la Unión Socialista Popular, el Partido Socialista Auténtico y otros, no van a jugar, por cierto papel algunos en el mañana de democracia plena, que no sea incorporarse a expresiones orgánicas más sólidas y más representativas.

Los partidos del Movimiento Democrático Popular en la medida en que representan las expresiones del leninismo y de la adhesión de la vía de la insurrección, no sólo no podrán estar presente en el quehacer público, sino que deben ser combatidos por los medios legales, por constituir una seria amenaza para la estabilidad institucional y para la consolidación de la democracia. Deberán seguir igual suerte todos aquellos partidos que, como la Izquierda cristiana y el Mapu, opten por plegarse a estas posturas radicalizadas, admitiendo que en el seno de estos dos partidos hay tendencias que pueden pesar internamente para volver a tomar la senda de la renovación ideológica y programática.

Hay por último, una expresión novedosa en la izquierda. Novedosa por cuanto hacía décadas que no se presentaba en la escena política. Es aquella que preconiza un socialismo nacional, alejado del leninismo, y que asume la renovación uni-

versal del pensamiento socialista, valorando la democracia, la alternancia en el poder y el pluralismo. Esta opción se concreta hoy en el socialismo de la Alianza Democrática, el que de no contagiarse por los aires rupturistas, está llamado a constituir sobre su propio eje una nueva izquierda funcional al sistema democrático y por ende tolerada por él.

En suma, la izquierda chilena se encuentra hoy en un período de definiciones, donde no sólo las declaraciones, sino también los comportamientos serán los indicadores que les aseguren permanencia futura, dentro de la democracia.